

Domingo de Ramos
Lucas 19, 28-40

Dicho esto, caminaba delante de ellos, subiendo hacia Jerusalén. ²⁹Al acercarse a Betfagé y Betania, junto al monte llamado de los Olivos, mandó a dos discípulos, ³⁰diciéndoles: «Id a la aldea de enfrente; al entrar en ella, encontraréis un pollino atado, que nadie ha montado nunca. Desatadlo y traedlo. ³¹Y si alguien os pregunta: “¿Por qué lo desatáis?”, le diréis así: “El Señor lo necesita”».

El gran viaje de Jesús a Jerusalén, que ha comenzado en el capítulo 9, está a punto de culminar. En ese momento, dice el texto bíblico: “*Cuando se completaron los días en que iba a ser llevado al cielo, Jesús tomó la decisión de ir a Jerusalén*” (Lc 9, 51), pues bien, Jesús va a entrar a Jerusalén a llevar a plenitud toda su misión y concluirla con la Ascension a los cielos

Betania y Betfagé son pueblos cercanos a Jerusalén, son unos tres kilómetros de Jerusalén, en la ladera posterior del monte los Olivos. En este contexto Jesús envía a dos discípulos a buscar un asno. El hecho de que sean dos discípulos es un tema recurrente en Lucas, quien nos cuenta que también los 70 misioneros fueron enviados de dos en dos (Cf. Lc 10, 1).

La preferencia por los *dos discípulos* posiblemente se refiera a los dos testigos que la tradición bíblica exige como mínimo (Cf. Dt 17, 6). Es interesante hacer notar que les manda a los discípulos con unas indicaciones muy concretas las cuales ellos han de cumplir con fidelidad.

³²Fueron, pues, los enviados y lo encontraron como les había dicho. ³³Mientras desataban el pollino, los dueños les dijeron: «¿Por qué desatáis el pollino?». ³⁴Ellos dijeron: «El Señor lo necesita».

La especificación de que se trata de un asno, de un pollino, nos refiere a la profecía de Zacarías: “*Alégrate mucho, hija de Sion; da voces de júbilo, hija de Jerusalén; he aquí tu rey vendrá a ti, justo y salvador, humilde, y cabalgando sobre un asno, sobre un pollino hijo de asna.*” (Zac 9, 9). Este indicación, también, nos recuerda al hecho cuando Salomón fue proclamado rey, montó la mula del rey David, lo cual indicaba una señal de realeza en un contexto de paz, no de guerra. Jesús, al montar un pollino, se presenta como Rey de la Paz. (Cf. 1Re 1, 33-34).

El Señor necesita ese animal para el cumplimiento de las profecías recogidas en el Antiguo Testamento. El hecho de que los dueños permitan que los discípulos se lleven el asno simplemente “*porque el Señor lo necesita*” transforma todo el relato, porque es lo que permite que Jesús entre como personaje real a Jerusalén.

En el mundo grecorromano, la figura real tenía el poder de imponer el pago de impuestos, de confiscar terrenos y otros bienes, de obligar a alguien a servir como soldado, de obligar a alguien a ceder animales en préstamo para uso militar y civil, en fin, la figura real podía incautar los bienes e incluso la persona de sus súbditos. El relato de Lucas presenta a Jesús como una figura real que tiene este poder y a quien le reconocen este poder. Lo extraordinario es que Lucas presenta a Jesús como una alternativa a los poderes políticos de su tiempo. Jesús es un rey, pero de los marginados, de Galilea, de las personas empobrecidas, el cual pide que le presten ese pollino. No es una imposición por parte de Dios, sino una proposición. Esta es la manera propia de Dios nunca impone, siempre propone.

³⁵Se lo llevaron a Jesús y, después de poner sus mantos sobre el pollino, ayudaron a Jesús a montar sobre él. ³⁶Mientras él iba avanzando, extendían sus mantos por el camino.

Los discípulos se llevan el burro y le ponen sus mantos encima y sobre los mantos, Jesús. El manto tiene un significado muy importante en la Escritura. En el segundo libro de los Reyes el profeta se nos dice que el profeta Eliseo envía a un discípulo a ungir al rey Jehú y al proclamarlo rey la gente puso sus mantos a los pies de Jehú (Cf. 2Re 9, 13).

El manto tiene diversos significados en la Sagrada Escritura conviene destacar, como las más importantes, las siguientes:

El manto es signo de autoridad. *“Y puse yo otra vez junto a ti y te miré y he aquí que tu tiempo era mi tiempo de amores y extendí mi manto sobre ti y cubrí tu desnudez y te di juramento y entré en pacto contigo”* (Ez 16, 8).

El manto es signo de unción. *“Y tomando el manto de Elías que se le había caído, golpeó las aguas y dijo: ¿dónde está Elohim el YHWH de Elías? Y así que hubo golpeado del mismo modo las aguas, se apartaron el uno al otro y pasó Eliseo.”* (2 Re 2, 9-14)

El manto es, también, signo de la totalidad de la persona. *“Si tomas en prenda el manto de tu prójimo, se lo devolverás antes de ponerse el sol, porque no tiene otro vestido para cubrir su cuerpo, ¿y dónde, si no, se va a acostar? Si grita a mí, yo lo escucharé, porque yo soy compasivo”*. (Ex 22, 25-26). En este sentido, el poner el manto a los pies de Jesús implica la donación total de la persona que la pone bajo la autoridad de Jesús reconociéndole como el Rey que viene.

³⁷Y, cuando se acercaba ya a la bajada del monte de los Olivos, la multitud de los discípulos, llenos de alegría, comenzaron a alabar a Dios a grandes voces por todos los milagros que habían visto, ³⁸diciendo: «¡Bendito el rey que viene en nombre del Señor! Paz en el cielo y gloria en las alturas».

El Salmo 118 afirma: *“Bendito el que viene en nombre del Señor, os bendecimos desde la casa del Señor”*. La gente aplica la Palabra de Dios a Jesús reconociéndole y confesando que Jesús es el Mesías esperado, el que viene en nombre del Señor.

Es un salmo de reconocimiento de la presencia de Dios que da la victoria a su pueblo y, donde el pueblo de Israel, proclama las alabanzas y la acción de gracias ante el poder salvador de Dios. El salmo 118 culmina diciendo: *“Señor, danos la salvación (Hosanna)”*. (Sal 118, 25-26).

La imagen que el texto de Lucas nos presenta nos recuerda al profeta Daniel con su visión del *Hijo del Hombre* que recibe un reino eterno resuena con la aclamación de Jesús como rey. (Cf. Dn 7, 13-14).

El cántico de alabanza que el pueblo de Israel entona cuando Jesús entra en Jerusalén, también, nos recuerda, al cántico de Moisés, el cual se lee en la tercera lectura de la Vigilia Pascual, “*Entonces Moisés y los hijos de Israel entonaron este canto al Señor: «Cantaré al Señor, gloriosa es su victoria, caballos y carros ha arrojado en el mar. Mi fuerza y mi poder es el Señor, Él fue mi salvación. Él es mi Dios: yo lo alabaré; el Dios de mis padres: yo lo ensaltaré. El Señor es un guerrero, su nombre es “El Señor”*” (Ex 15, 1-3)

A todo ello, cabe hacer notar la expresión paz en el cielo y gloria en las alturas que nos recuerda el Nacimiento del Señor, aunque con una diferencia importante, los ángeles entonaron paz en la tierra y, en este caso, se afirma paz en el cielo. Y, es que, cuando Jesús muera en la cruz, la tierra temblará y gemirá de dolor y sufrimiento.

³⁹Algunos fariseos de entre la gente le dijeron: «Maestro, reprende a tus discípulos». ⁴⁰Y respondiendo, dijo: «Os digo que, si estos callan, gritarán las piedras».

Los fariseos están contemplando como Jesús es proclamado Rey y, ciertamente, esto podría ocasionar graves consecuencias tanto a nivel político, pues sería enfrentarse al Imperio de Roma y, a su vez, a nivel religioso, porque era situarse al mismo nivel de Dios y podría ser considerado como una blasfemia, por eso, acuden a Jesús para invitarle a ser más prudente en su comportamiento.

Sin embargo, Jesús, que otras veces había rechazado el título de Rey, ahora lo acoge, al igual que hará ante Pilato, porque el carácter real de Jesús se ha de entender desde su carácter mesiánico bajo la figura del Siervo de Yahvé. Por eso, no impide la aclamación de los discípulos.

De esta manera, se alcanza el cumplimiento del profeta Isaías: “*El Señor hace oír esto hasta el confín de la tierra: «Decid a la hija de Sión: Mira a tu salvador, que llega, el premio de su victoria lo acompaña, la recompensa lo precede».*” (Is 62, 11).